

## El juego de los oráculos

Antonio Orlando Rodríguez

A juzgar por la frecuencia con que últimamente me piden que haga uso de mi capacidad de precognición, cualquiera creería que he heredado las dotes de Michel de Notredame o de Edgar Cayce. Como si fuera un vidente, y no un simple urdidor de ficciones, pretenden que exponga mis vaticinios sobre una diversidad de temas: desde el futuro de la lectura y la suerte que le espera a ese objeto de papel llamado libro hasta los rumbos que tomará la creación literaria.

Hace unos meses, los organizadores de una feria del libro me invitaron para que me sumara a un panel de escritores donde se hablaría sobre la literatura del siglo XXI. Me las arreglé para declinar el “honor”, pero no resistí la tentación de sentarme en el auditorio, como uno más del público, a escuchar las predicciones de mis colegas. Para mi decepción, como suele ocurrir en esos eventos, los panelistas hablaron hasta por los codos de cuanto les vino en ganas –en especial, de ellos mismos– e ignoraron con displicencia el tema anunciado. No los critico, porque ¿de dónde salió la idea de que los escritores tenemos el don de vislumbrar el incierto y cambiante futuro de las letras y de la industria editorial?

Vivimos una época de transformaciones tan aceleradas que hacer augurios resulta cada vez más arriesgado, pues, en menos tiempo del que pensamos, la realidad se encarga, burlescamente, de echarlos por tierra. En 1995 me conecté por primera vez a Internet. Vivía en Bogotá, y los que empezábamos a incluir en nuestras conversaciones palabras como Yahoo o chat éramos vistos, por el resto de los desconectados mortales, como miembros de alguna misteriosa cofradía secreta. Eran los tiempos en que mucha gente pensaba, con suspicacia, que Hotmail era una especie de servicio relacionado con la pornografía, una prolongación de las *hotlines* telefónicas. En esa prehistoria del ciberespacio, ¿quién podía suponer que apenas doce años más tarde Amazon, un incipiente supermercado virtual, superaría en su reporte de ganancias anuales por concepto de venta de libros a cadenas tan sólidas como Barnes and Noble o Borders? Ni Cassandra, me temo.

Desconfío de los pronósticos a largo plazo y en particular de los que se relacionan con el arte y la literatura. Durante años, nos marearon con apocalípticas conjeturas sobre la inminente reducción del número de lectores a causa del impacto de los medios audiovisuales de difusión masiva y de los videojuegos. Pero resulta que, con el creciente acceso a Internet, se está leyendo más que nunca. Fenómenos editoriales como los de J.K. Rowling y Stephenie Meyer hacen sospechar que la subespecie humana de los lectores no corre peligro de extinción (que no se lea lo que uno quisiera, es otra historia). En cuanto al tópico de que no se compran libros, habría que pedirle su parecer a Khaled Hosseini o David Wroblewski.

Quizás los analistas políticos o financieros cuenten con más elementos a la hora de proyectarse hacia el porvenir. Pero ¿cómo saber de antemano, en materia de creación literaria, qué temas o estilos cobrarán fuerza o se convertirán en tendencias? Ese es un terreno lleno de sorpresas.

¿Alguien podía prever en 2002 que la aparición al año siguiente de un thriller tan ramplón como *El código Da Vinci* desencadenaría una verdadera peste de novelas “históricas” llenas de referencias al cristianismo, a pinturas famosas y a sociedades secretas, y que esa avalancha distraería la atención sobre obras de mayor ambición y vuelo artístico?

Si antes de morir le hubiesen profetizado a Roberto Bolaño que la edición en inglés de su última novela sería bendecida por la gurú Oprah Winfrey y que entraría en las listas de *best sellers* de Estados Unidos, probablemente habría reaccionado con ironía. Pero ahí está *2666*, disfrutando de un éxito de ventas que contados autores que escriben en español han alcanzado, y codeándose –¡quién lo iba a pensar!– con las obras de John Grisham y de Dan Brown.

Y aun así, imaginar el futuro forma parte de nuestra naturaleza. Al fin y al cabo, el hombre es el único mamífero que especula. Es difícil sustraerse a la tentación de jugar, alguna que otra vez, a los oráculos, y hacer tres o cuatro presagios sobre el destino de la literatura, los libros y la lectura. Así que vaticino que la literatura de no ficción seguirá encabezando las listas de los libros más vendidos, por lo menos hasta que la gente descubra que las mejores obras de autoayuda las escribieron en el siglo XIX Víctor Hugo, Balzac, Dickens y Dostoievski. Y que, afortunadamente, ese imparable auge de la no ficción permitirá a las editoriales seguir subvencionando la publicación de literatura muy buena, pero de limitado impacto comercial.

Me inclino a pensar que las novelas “a la antigua”, esas que desovillan una trama, insuflan vida a los personajes y dibujan un universo para que lo habitemos, gozarán de una larga y saludable vida, porque la mayoría de los lectores, cuando va al encuentro de la ficción, lo hacen con el deseo de hallar una historia que los deslumbre y los absorba, y no textos crípticos, malabares estilísticos o panfletos ideológicos.

Quiero creer que las pequeñas editoriales se las ingeniarán para sobrevivir a los embates de la crisis económica y seguirán dando lecciones de creatividad y de audacia a los grandes grupos. Y no creo –aunque quisiera– que los problemas de circulación que impiden que las obras de excelentes autores lleguen a las librerías de los países vecinos se solucionen, sino todo lo contrario. Veo en el futuro mucho bolsilibro y un menor número de nuevos títulos anuales.

Auguro también, con preocupación y tristeza, que cada vez con más frecuencia los medios y los lectores esperarán que los escritores, en entrevistas y presentaciones públicas, hagamos la competencia a los *clowns*.

Y, por último, tengo la casi certeza de que el “universo blog” –aún en pañales– potenciará la lectura, la escritura y el intercambio de información a niveles insospechados. Así lo profetizo; ojalá Tiresias lo certifique.

© Antonio Orlando Rodríguez, 2008.

Publicado en el *Anuario 2008* de *El País*, Madrid.